



ÁLVARO SEVILLA-BUITRAGO

Contra lo común.

Una historia radical del urbanismo

Alianza Editorial, Madrid, 2023, 368 pp. Tapa blanda. 24'50 €

Idioma: español. Traducción de Ana Pérez Galván, revisada por el autor.

ISBN: 978-84-1148-403-9

JAVIER MALO DE MOLINA

Universidad de Alcalá/ Universidad Rey Juan Carlos

javier.malodemolina@uah.es /

javier.malodemolina@urjc.es

El proceso de cercado producido por los *Parliamentary Enclosure Acts* que tuvo lugar entre 1750 y 1850 en Gran Bretaña selló la transformación del paisaje inglés surgido de su Edad Media, contribuyendo, por un lado, a privatizarlo extraordinariamente, y, por otro, a formar una sensibilidad emanada del sentimiento de pérdida que producirá. El paisaje como atmósfera que envuelve la vida del ser humano y proporciona un marco espacial que propicia su evolución y permite profundizar en su soberanía crecerá como objeto poético generando la nueva sensibilidad romántica. Pero, paradójicamente, esa transformación lo arruinará como ámbito en el que se desplegaba la red de apoyos, relaciones y complejos sistemas de negociación que favorecerían la emancipación de las clases populares respecto de las élites que las subyugaban. Esta fue la herramienta que las élites británicas emplearon para transformar un territorio medieval en un Estado nación moderno a costa del brutal desarraigo de un campesinado que se vio empujado a emigrar penosamente a unas ciudades cada vez más tensionadas.

Este es el momento histórico en el que Álvaro Sevilla-Buitrago sitúa el origen de la impecable tesis que defiende en su libro, *Contra lo común, una historia radical del urbanismo*. El proceso de cercado de los campos comunales es para el autor

el auténtico germen de la disciplina urbanística -y no, como asume habitualmente la historiografía, las intervenciones sobre la incipiente ciudad industrial- y constituye, a su vez, su pecado original. Dichos orígenes, por tanto, no estarían ligados a una actitud bienintencionada que procuraba contrarrestar las tensiones generadas en la ciudad industrial. Desde el principio, la disciplina surgiría como una herramienta -con sus propios especialistas y su aparato técnico y normativo- puesta al servicio de los intereses de las élites y a costa de la destrucción de las estructuras soberanas que habían construido las clases populares. El autor sostiene -como una suerte de *J'accuse*- que la razón por la que la historia del urbanismo no se ha fijado en estos procesos, no es un mero defecto historiográfico, sino que es, más bien, una estrategia premeditada que oculta las posibilidades auténticamente emancipadoras del urbanismo.

Los historiadores de este período se dividen entre los que defienden esta transformación como un proceso inevitable que eliminó estructuras sociales condenadas a desaparecer como consecuencia del progreso y, por otro lado, quienes defienden el antiguo sistema de organización colectiva. El autor se sitúa en este segundo grupo señalando acusadoramente al proceso de cercado como parte de un procedimiento para restar libertad y autodeterminación a las clases populares. Se trataría de disciplinarlas para despojarlas de herramientas que les permitían protegerse contra los intentos por someterlas e impedir que plantearan alternativas colectivas de producción y reproducción. Sevilla-Buitrago proyecta además el conflicto sobre otros tres momentos históricos -la gestación del neoyorquino Central Park, la República de Weimar y la Italia de la década de 1970- demostrando que no se trata de una excepción, sino de una práctica de destrucción sistemática. Al igual que la izquierda ha señalado a la socialdemocracia como colaboradora necesaria de un sistema injusto, también el urbanismo resultaría una disciplina maquiavélica. Su misión parece consistir en enmascarar bajo supuestas compensaciones los abusos que el régimen del que participa ha generado al servicio de intereses elitistas, en vez de plantear alternativas en beneficio del conjunto de la sociedad.

El autor se muestra especialmente provocador en la selección de los acontecimientos contra los que lanza su artillería argumental. Esta actitud provocadora no es gratuita, posee un honesto y profundo sentido intelectual que aspira a generar un debate necesario que contribuya a reconsiderar ciertos paradigmas. Y lo es también porque señala intervenciones que son hitos clave del discurso heroico que la disciplina urbanística ha exhibido para justificar su relevancia y mostrarse como una herramienta bienintencionada en beneficio de sociedades equilibradas.

El capítulo dedicado a Central Park pone en duda el papel de ciertas políticas dotacionales generadas, en realidad, para domar la presencia de las clases bajas en el espacio público, tratando de dirigir su comportamiento hacia parámetros aceptables para la estricta moral burguesa del puritanismo anglosajón. El dedicado a la República de Weimar revela la terciarización de los centros urbanos unida a la expulsión de sus habitantes para trasladarlos a nuevos barrios obreros ubicados en zonas periféricas como herramientas para destruir las redes de fraternidad que permitían minimizar las injusticias de un sistema que

los consideraba mera mano de obra. El cuarto capítulo, en cambio, se aproxima a la condición urbana contemporánea a través de los intentos de grupos de jóvenes, trabajadores industriales y otros colectivos marginalizados de la sociedad italiana por recuperar el control de barrios deteriorados y entornos laborales en proceso de reestructuración durante las crisis de los setenta. En este contexto surgieron formas creativas de congregar a los sectores más afectados por el proceso de declive industrial de esos años. Ocupaciones de viviendas y fábricas, intervenciones espontáneas, talleres y otros eventos organizados *desde abajo* contribuyeron a la construcción de nuevos comunes. A partir de los años ochenta, sin embargo, estos esfuerzos acabaron resignificados en nuevas dinámicas mercantiles que capturaron su creatividad y la desvincularon de las redes de solidaridad que habían funcionado al margen de intereses comerciales.

Este último capítulo tiene algo de conclusivo porque, por un lado, permite señalar la existencia de un patrón que parece repetirse históricamente: cuando las clases populares consiguen generar alternativas de producción y reproducción, la planificación urbana las desactiva para legitimar los intereses de las élites. Por otro lado, también parece indicar que la historia del urbanismo demuestra que cualquier iniciativa al margen de los sistemas dominantes acabará fagocitada por intereses mercantiles. Entonces, ¿qué cabe esperar de la disciplina urbanística? ¿Sólo puede ser un brazo ejecutor de políticas al servicio de las élites? ¿Se encuentra ya en un punto de no retorno y sólo cabe señalar -como en un elocuente título de Sánchez Ferlosio- que *Mientras no cambien los dioses, nada ha cambiado*? Sevilla-Buitrago -cual el Sísifo reinterpretado por Camus- es optimista y cree que es posible imaginar nuevas formas de organización colectiva, así como estrategias para defenderlas frente a intereses espurios e intentos de absorberlas.

Este elogio de lo común que realiza el autor contiene un esfuerzo por revelar la verdadera naturaleza de los espacios colectivos que ha seleccionado mostrando sus contradicciones. Sin embargo, se puede añadir -no como objeción, sino como advertencia- que conviene recordar que, a veces, algunas de estas estructuras soberanas han derivado en relaciones clientelares y sistemas de organización que también ejercen un poder opresor sobre sus propias comunidades o sobre otras. Aclaración que debe servir para que la reflexión sobre los comunes no derive en una 'romantización' acrítica del fenómeno que, en última instancia, conduciría a convertirlo en una caricatura en vez de en una posibilidad, abortando así su potencial.

Quizá sea necesario ahora un nuevo texto, o multitud de ellos, que no sólo denuncien las grietas del edificio actual, sino que elaboren alternativas posibles con contundencia y rigor para que, como apunta al final del libro Sevilla-Buitrago, no todo se quede en una llamada de atención sobre los sucesos que la historiografía ortodoxa no menciona, sino que se pueda reconfigurar la disciplina proyectándose hacia el futuro no como instrumento de las élites económicas, sino como herramienta para la autodeterminación y emancipación de la humanidad en su conjunto.